Bibliografía: Croiset, "Histoire de la Littérature Grecque," vol. I; O. Müller, "Histoire de la Littérature Grecque," trad. Hillebrand, vol. II; Ouvré, "Les formes littéraires de la pensée grecque," pags. 45 a 120; Grote, "Histoire de la Grèce," volúms. I, II y III; E. Curtius, "Histoire Grecque," vol. I; Justo Sierra, "Historia General," pág. 40; Renan; "L'Avenir de la Science," pág. 190; France, Clio; "Le Chanteur de Kymé;" Platón, Obras; P. Albert; "La Poésie."

DISCURSO PRONUNCIADO EN LOS FUNERALES DE DON JUSTO SIERRA.

A MI MAESTRO

El temor de perder en estos dolorosos instantes el dominio de mi pensamiento, me ha obligado a escribir, en una noche de lágrimas, estas palabras de mi alma:

Un hombre ilustre a quien el Maestro consideraba como su maestro,—siendo en realidad dos espíritus gemelos por la evangélica bondad de sus corazones que siempre conservaron, con el beso y la plegaria de madres piadosas, el perfume de los huertos de Galilea, y por el ferviente lirismo de una filosofía intensamente poética, que al desgarrar con las flechas de oro del arte heleno la tupida neblina de los dogmas, dejó más luminoso en la conciencia de la humanidad al Dios universal y eterno; un grande hombre de Francia que se asemejaba al grande hombre de México hasta en el cuerpo montañoso que sostenía la cabeza magistral de frente olímpica, perfecta y pura como una concepción plástica de Fidias, de ojos solemnes en cuya mirada habían quedado ardiendo las inspiraciones de la Sibila,

y de labios elocuentes en los que una elegante ironía puso las sonrisas infinitas de los mares de Grecia; el sabio pastor y mago que cantó a Jesús un himno pagano en Galilea y a Minerva un himno cristiano en el Akrópolis—, dijo estas hondas y dolorosas palabras sobre la heroica resignación del santo Littré ante la muerte: "La muerte es odiosa e insensata cuando extiende su mano fríamente ciega sobre la virtud y sobre el genio. Una voz está dentro de nosotros, que sólo saben oír las almas buenas y grandes, y esta voz nos grita sin cesar: "la verdad y el bien son el fin de tu vida; sacrifica todo lo demás a ese objeto;" y cuando, siguiendo el llamamiento de esta sirena interior, que dice tener las promesas de la vida, llegamos al término en donde debería estar la recompensa, oh mendaz consoladora!, no la encontramos. Esta filosofía, que nos prometía el secreto de la muerte, se excusa balbuciente, y el ideal, que nos había atraído hasta los límites del aire respirable, desaparece cuando en la hora suprema lo buscan nuestros ojos. El objeto de la naturaleza se ha alcanzado; un poderoso esfuerzo se ha intentado; una vida admirable se ha realizado, y entonces, con esta volubilidad que la caracteriza, la pérfida encantadora nos abandona y nos deja en poder de los pavorosos espectros de la noche."

Nos quedan, es verdad, para el lento consuelo de sus hijos, de sus discípulos y de sus amigos, y para el difícil consuelo de la Patria que fué siempre su mejor inspiradora, las lecciones de verdad y de belleza que nos dió su palabra religiosa y opulenta y las lecciones

de virtud que nos legó su vida ejemplar y humilde; nos quedan los versos ardientes y nebulosos de su anunciación y los versos serenos, límpidos y estelares como los astros cuando tocó con su frente, como Apolo, el zenit de la belleza; nos quedan sus "Cuentos Románticos" en los que la historia y la leyenda, la observación y la fantasía, son fondo y forma de creaciones poéticas estupendas en la plena juventud del amor y del entusiasmo; nos quedan sus vastos y nutridos estudios de historia general, en los que el severo clacisismo de Curtius y de Mommsen se despeja con la claridad de Lavisse, se caldea con la pasión de Michelet y se agracia con la poesía de Renan; nos quedan sus fragmentos venerables de historia patria, tan llenos de ciencia, de arte y de amor, entre los que sobresale un tomito para los niños, que si para estos es un encanto, es una joya para los viejos; y su colosal retrato de Juárez, mejor dicho, su colosal escultura de Juárez —del tamaño de Juárez—, comparable tan sólo por la grandiosidad al Guillermo Shakespeare de Víctor Hugo o al Víctor Hugo desnudo que hizo brotar del mármol el genio titánico de Augusto Rodin; nos quedan sus admirables obras de sociología y de política en conceptuosas monografías y en grandilocuentes discursos, en las que armonizan y forman un todo el idealismo del poeta, el amor del artista, el método del escritor y la pasión por la libertad del patriota; nos quedan las piedras angulares y los planos grandiosos de su obra más amada y más amable, objetivo de toda su vida, remate de todos sus esfuerzos, la reorga-

nización de la educación nacional, en la que puso todo su talento, todo su saber, todo su arte y todo su corazón lleno de amor a la Patria en la más tierna y en la más augusta de sus formas: el amor al Niño, al niño que es la esperanza, que es el porvenir, que es el problema vivo de nuestras angustias y de nuestros ideales, que vale más que los mariscales de Napoleón y que los sabios de la Sorbona, porque lleva en sus mejillas las rosas de la nueva primavera, en sus balbuceos los cantos de la nueva Marsellesa, en sus manos el hilo de oro del globo que refleja las nuevas ilusiones y en el corazón la vocesita que murmura: "mamá!" ante la madre enferma y que un día gritará: "madre!" con el acento varonil del dolor y de la rabia ante la Patria amenazada.

Esto que de su divino espíritu nos queda, es un inmenso y resplandeciente tesoro, es el don magnífico que el genio del poeta muerto devuelve en obras de perenne belleza a la raza inmortal que lo dotó con sus más refinadas y nobles cualidades. Ese tesoro espiritual nos parece más valioso ahora que el maestro ha muerto, porque hay obras y hombres que, a semejanza de los colosos de Egipto, sólo pueden medirse bien cuando se han desplomado sobre la tierra. Si los opresores de los pueblos quedan indisolublemente ligados a la trágica fatalidad de la historia desde el momento en que reciben el primer homenaje imperial, un destino más envidiable por su nobleza, pero no menos cruel por su inflexibilidad, pone la corona de rosas y de espinas, de luz y de fuego, en la frente del pensador

torturado por las inquietudes de su siglo y del poeta exaltado por las esperanzas de su raza. El maestro hundió tanto su corazón y su pensamiento en nuestra historia y anheló tan febrilmente con los anhelos del pueblo, que tuvo las dos orejas de la poesía —como dijo el oráculo— la que escucha la muerte y la que escucha la vida, y pudo formar con las voces del pasado las palabras salvadoras del porvenir; y así como Goethe con su arte de hechicero sacó intacta de las ruinas del mundo griego, la figura de alabastro de Helena para presentarla con su sonrisa de oro a la fascinación del hombre moderno, él resucitó y embelleció a los héroes de nuestra patria, y sin arrancarlos del mundo real en donde fueron admirados y amados por unos y negados y odiados por otros, les dió la idealidad simbólica que los eleva hasta las esferas inmaculadas de la poesía para que puedan ser admirados y amados por todos. Consciente de su misión de poeta, cumplió con ella:

"O sois vasos de aroma hechos de arcilla
y fugaz vuestra esencia se evapora,
o augusto signo en vuestra frente brilla
de una misión, si heroica, aterradora,
¡oh Poetas! mostrar a los humanos
el Sol oculto que las cimas dora.

O consumís vuestra alma en ayes vanos,
o de la prosa, triunfadora impía,
sabéis el ideal guardar ufanos;
lo erigís como antorcha en la sombría
realidad, y llegáis a la ribera
de la gran noche, con la fe en el día."

Que las manos piadosas de los discípulos recojan los pensamientos del filósofo y las bellezas del poeta y los divulguen con su amor y con su arte, continuando la santa, la redentora obra de la educación nacional, como Platón y Xenefonte recogieron y divulgaron las divinas palabras de Sócrates, que, andando los siglos, hicieron florecer de virtudes el corazón de Jesús. Al Ateneo de la juventud le corresponde una buena parte de esta obra, la mejor quizá por bella y por fecunda, la que se hace con la inspiradora embriaguez del entusiasmo, cuando Platón es todavía joven y se pasea bajo los laureles de la Academia sonriendo a la vida y coronado de violetas.

Pero el tesoro espiritual del maestro, tan grande y tan rico para nuestra inteligencia, es en estos instantes muy pequeño y muy pobre para nuestro corazón. Nos consolará? no nos consuela, no nos consuela. Lo vemos a través de las lágrimas. Lo admiraremos mañana, hoy no podemos. Quién es el fuerte o el insensible que se atreva a recorrer con la mirada las maravillas del palacio cuando el Emperador duerme bajo los paños funerarios y sobre el ataúd se abaten las cabezas de sus hijos? Mucho es lo que ha dejado a la vida; pero es más lo que se ha llevado a la muerte. Otro tesoro, más bello tal vez, más sagrado sin duda, el de su voz viva, el de su mirada viva, el de su caricia viva, el de sus amores vivos, el de su inmenso corazón palpitante.....ay! ese..... lo hemos perdido para siempre! Todavía, y por largos años, podrá deleitarnos y entusiasmarnos con sus versos apasionados y con sus cláusulas sonoras; todavía podrá hacernos pensar hondamente en el pasado y llevarnos en la punta de su ala al porvenir; pero ya no podrá amarnos....ya no nos ama!.... Dice un poeta que al pensar en la desaparición espantosa de casi toda la obra de Esquilo reducida a cenizas en el incendio de la biblioteca de Alejandría por la tea siniestra de Omar, se siente, ante tan enorme pérdida de pensamiento, que se hace el vacío en el espíritu humano. Algo más angustioso hemos sentido nosotros con la desaparición del Maestro: hemos sentido que se hacía el vacío en nuestros corazones; y para que no se nos sequen, para que no se nos mueran, los abrimos ávidamente a las plegarias de la esposa, a las lamentaciones de los hijos, a las lágrimas de los amigos, a los sollozos de los discípulos, mientras el tiempo clemente convierte el recuerdo en esperanza, y el dolor en resignación. Entonces mis labios podrán vendecir de nuevo la vida, que es tan bella porque es efímera, y bendecir de nuevo la muerte, que es tan bella porque es eterna, y será dable a mis ojos serenos contemplar con un vago anhelo del "más allá,» la imagen de mi maestro junto a la de mis padres en el larario donde enseñaré a mis hijos que el amor a la verdad, a la justicia y a la belleza nos libra de la tentación y del pecado de adorar la fuerza coronada sobre el trono y dirige nuestros pasos y nuestras almas al templo habitado por el espíritu, porque los conquistadores de los pueblos sólo pueden aspirar en la vida al derecho del terror y en la muerte al derecho de los anatemas, en tanto que los conquistadores del ideal tienen derecho

en la vida y en la muerte al amor y a las bendiciones de la humanidad.

Si sentimos con tan intenso dolor la desaparición del maestro, es porque este filósofo, este historiador, este poeta, era un hombre profundamente cordial, un hombre más que virtuoso—la virtud es a veces fría o atormentada—, "bondadoso"—y la bondad es siempre caliente y tranquila. Su enseñanza fué tan eficaz y tan fructífera porque antes de conquistar nuestras inteligencias, se ganaba nuestros corazones. Hemos admirado a muchos profesores, a ninguno hemos querido tanto como a él. Por eso le dimos un nombre de amor: el Maestro. Los jóvenes que tengan la fortuna, como la tuve yo, de encontrar en el cariño de un maestro el místico y tierno reflejo del amor de la madre cuando niños, serán siempre felices en la vida. Justo Sierra tenía en toda su persona—física y moral—un invencible sortilegio, un poder de atracción y de fascinación que hacía que las almas fueran naturalmente a él como a un abrigo, como a un reposo, como una defensa. Se asemejaba a ese gigante de los cuentos de invierno, benévolo y formidable, que permitía a los niños pulular y juguetear sin temor sobre su cuerpo de cinco leguas. Hay genios ásperos, hirsutos, crueles, que maltratan las creencias ingenuas y arrancan con dolor los errores; y los hay tranquilos, fríos, indiferentes a todo lo que no sea su propio pensamiento, capaces de seguir escribiendo mientras la cólera del Vesubio destruye Pompeya. Unos y otros nos ahuyentan, nos dan miedo, porque son incompletos. Les falta alma, amor,

divinidad. Se cuenta que en un viaje, cuando el barco caminaba sobre el río rumbo al mar, un niño acobardado se asía fuertemente a la mano de su padre; pero ya en pleno océano, se desprendió animoso y risueño; el padre, en su asombro, le preguntó: por qué tenías miedo en el río y no tienes miedo en el mar?, y el niño, clavando sus ojos azules en el horizonte azul, le contestó: porque el mar es muy grande! El maestro, como el mar, era muy grande.

Dice Víctor Hugo que "en la India los padres confían sus hijos a los elefantes. Estas bondades enormes vigilan a los chicuelos. Todo el grupo de cabezas blondas canta, rie, y juega al sol bajo los árboles. La habitación está cerca. La madre está dentro, ocupada en los trabajos domésticos, sin prestar atención a sus hijos. Sin embargo, confiados y alegres, están en peligro. Esos bellos árboles son traidores. Ocultan bajo su espesura espinas, garras, dientes. Allí se eriza el cactus, allí espía el lince, allí se arrastra la serpiente. Es necesario que los niños no se aparten. Más allá de cierto límite estarían perdidos. Ellos entretanto van y vienen, se llaman, se tiran, se arrastran algunos articulando a penas y mal sostenidos por las débiles piernas. Alguna vez uno de ellos se aventura demasiado lejos. Entonces una trompa formidable se alarga, coge al pequeñuelo, y lo lleva dulcemente hacia la casa."—Así, oh amigo! oh Maestro! una vez que impíamente me desvié del deber en mi agitada juventud, tú me llevaste con la dulce suavidad de tu fuerza a los pies de mi madre, que te bendijo en su infinito corazón.... Dios

mío! ya no puedes amarme!.... ya no me amas!.... Qué bien decía tu hermano de Francia: "Un inmenso río de olvido nos arrastra a un vórtice sin nombre. Oh abismo, tú eres el Dios único. Las lágrimas de todos los pueblos son verdaderas lágrimas; los sueños de todos los sabios encierran una parte de verdad. Todo, aquí en la tierra, no es sino símbolo y sueño. Los dioses pasan como los hombres, y no sería bueno que fuesen eternos. La fe que se ha tenido no debe de ser nunca una cadena. Se ha cumplido con ella cuando se la ha envuelto en el sudario de púrpura en donde duermen los dioses muertos!"

A MANUEL JOSE OTHON.

PALABRAS PRONUNCIADAS EN LA VELADA QUE ORGANIZÓ LA "REVISTA MODERNA," EN EL TEATRO DEL RENACIMIENTO, LA NOCHE DEL 4 DE ENERO DE 1907.

".....
y al fin en el Amor los ojos cierra:
pues, ¿dónde hay más amor que el de la muerte
ni más materno amor que el de la tierra?"

Señoras y señores:

Así exclamaba Othón, hace poco tiempo, evocando, en filial Elegía, la imagen de un maestro venerable que logró conservar en las canas de una vejez amada de todos, la divina aureola que sólo brilla en la cabeza de los niños. (1) Presentía quizá nuestro poeta el no lejano reposo de su espíritu fatigado; tal vez deseaba ya descansar en el materno amor de la tierra, con la ansiedad dolorosa que late en ese terceto, en cuyo ritmo se oye el anhelante golpear de un corazón. Y la muerte le fué amiga, cumpliendo fiel y cariñosa su íntimo voto. Por poca ternura que se tenga en los sentimientos, conservamos en el fondo del corazón una

(1) Don Rafael Angel de la Peña.